

---

# **La Flor**

**Rosalía de Castro**

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 4178**

---

**Título:** La Flor

**Autor:** Rosalía de Castro

**Etiquetas:** Poesía

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 10 de enero de 2019

**Fecha de modificación:** 10 de enero de 2019

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

## Un desengaño

En las riberas vagando  
de la mar, las verdes olas  
mira Argelina y contando  
las horas que van pasando  
vierte lágrimas a solas.

Sus lindos ojos de cielo  
en el horizonte fija,  
por ver si encuentra un consuelo  
¡ay!, que es vano el anhelo  
que su corazón cobija.

Su amante le dijo allí  
desde su buque velero:  
«Aguarda Argelina aquí:  
Que si hoy dejarte prefiero,  
mañana vendré por ti».

Y entera la noche larga  
que silenciosa corría  
vio pasar; pero en su impía,  
crüel desventura amarga  
no vio que su bien volvía.

Y el día también llegó:  
Mas fue que llegara en vano,  
que el bien que ansiosa esperó,  
consuelo del mal tirano,  
por el mar no pareció.

Y allí todavía está  
mirando a la mar movible,  
por ver si la mar le da

lo que tal vez imposible  
para Argelina será.

Y viendo al fin reducidas  
sus esperanzas en nada,  
viendo en el viento esparcidas,  
las ilusiones perdidas,  
su bienandanza frustrada;

mirando al bien que se aleja  
con su fugitivo encanto,  
dijo en tristísima queja:  
«¿Por qué tan sola me deja,  
cuando yo le amaba tanto?

¿Por qué si tras él corrí?  
¿Por qué si hasta aquí llegué?  
¿Por qué si tanto esperé  
a verle más no volví?

¿No comprendió que sin él,  
fuera un tormento mi vida,  
donde guardara escondida  
llena una copa de hiel?

¡Adiós, ventura de un día!  
¡Adiós, delicia soñada,  
donde he mirado estampada  
toda la esperanza mía!

¡Ya nunca más te veré,  
que el rudo penar que siento  
me irá consumiendo lento,  
y de dolor moriré!

¡Adiós, hermosa ribera  
donde mi esperanza dejo  
ya para siempre me alejo  
de tu orilla placentera.

Mas si viniendo él aquí  
oyeras su dulce canto,  
contéstale, dile cuánto,  
cuánto por él padecí!...»

Ya su vivienda tornando  
supo después que olvidada  
fue de su amante, y postrada  
no resistió su dolor.

Y encerrándose en la tumba  
tanta belleza en un día  
nadie pensó que moría  
ide un desengaño de amor!

## Dos palomas

Dos palomas yo vi que se encontraron  
cruzando los espacios  
y al resbalar sus alas se tocaron...

Cual por magia tal vez, al roce leve  
las dos se estremecieron,  
y un dulce encanto, indefinible y breve,  
en sus almas sintieron.

Y torciendo su marcha en un momento  
al contemplarse solas,  
se mecieron alegres en el viento  
como un cisne en las olas.

Juntáronse y volaron  
unidas tiernamente,  
y un mundo nuevo a su placer buscaron  
y otro más puro ambiente.

Y le hallaron al fin, y el nido hicieron  
en blanda cama de azucena y rosas,  
y en ella se adurmieron  
con las libres y blancas mariposas.

Y al despertar sus picos se juntaron,  
y en la aurora luciente  
sus caricias de amor se retrataron  
como sombra riente.

Y en nubes de oro y de zafir bogaban  
cual ondulante nave  
en la tranquila mar, y se arrullaban  
cual céfiro süave.

Juntas las dos al declinar del día  
cansadas se posaban,  
y aun los besos el aura recogía  
que en sus picos jugaban.

Y así viviendo inmarchitables flores  
sus días coronaron,  
y nunca los amargos sinsabores  
sus delicias turbaron.

¡Felices esas aves que volando  
libres en paz por el espacio corren  
de purísima atmósfera gozando!

## Un recuerdo

¡Ay, cómo el llanto de mis ojos quema!...  
¡Cuál mi mejilla abrasa!...  
¡Cómo el rudo penar que me envenena  
mi corazón traspasa!

Cómo siento el pesar del alma mía  
al empuje violento  
del dulce y triste recordar de un día  
que pasó como el viento.

Cuán presentes están en mi memoria  
un nombre y un suspiro...  
Página extraña de mi larga historia,  
de un bien con que deliro.

Yo escuchaba una voz llena de encanto,  
melodía sin nombre,  
que iba risueña a recoger mi llanto...  
¡Era la voz de un hombre!

Sombra fugaz que se acercó liviana  
vertiendo sus amores,  
y que posó sobre mi sien temprana  
mil cariñosas flores.

Acarició mi frente que se hundía  
entre acerbos pesares;  
y lleno de dulzura y de armonía  
díjome sus cantares.

Y ¡ay!, eran dulces cual sonora lira,  
que vibrando se siente  
en lejana enramada, adonde expira



su gemido doliente.

Yo percibí su divinal ternura  
penetrar en el alma,  
disipando la tétrica amargura  
que robara mi calma.

Y la ardiente pasión sustituyendo  
a una fría memoria,  
sentí con fuerza el corazón latiendo  
por una nueva gloria.

Dicha sin fin, que se acercó temprana  
con extraños placeres,  
como el bello fulgor de una mañana  
que sueñan las mujeres.

Rosa que nace al saludar el día,  
y a la tarde se muere,  
retrato de un placer y una agonía  
que al corazón se adhiere.

Imagen fiel de esa esperanza vana  
que en nada se convierte;  
que dice el hombre en su ilusión mañana,  
y mañana es la muerte.

Y así pasó: Mi frente adormecida  
volvióse luego roja;  
y trocóse el albor de mi alegría,  
flor que, seca, se arroja.

Calló la voz de melodía tanta  
y la dicha durmió;  
y al nuevo resplandor que se levanta  
lo pasado murió.

Hoy sólo el llanto a mis dolores queda,  
sueños de amor de corazón, dormid:  
¡Dicha sin fin que a mi existir se niegan  
gloria y placer y venturanza huid!...

## Fragmentos

Cuando miré de soledad vestida  
la senda que el destino me trazó,  
sentí en un punto aniquilar mi vida.

¡Cuando infeliz me contemplé perdida  
y el árbol de mi fe se desgajó,  
tuvieron, ¡ay!, para llorar mis ojos  
de amargura y de hiel tristes despojos!

¡La nada contemplé que me cercaba,  
y... al presentir mi aterrador quebranto,  
miré que solitaria me anegaba  
en un mar de dolores y de llanto!  
¡Nadie ni amor ni compasión cantaba,  
ni un ángel me cubrió bajo su manto,  
sólo la voz mi corazón oía  
de la última ilusión que se perdía!...

Ya marchita la flor de mi esperanza  
vi revolar no más en torno mío,  
vaga esfera sin luz que nunca alcanza  
dar resplandor a un corazón ya frío.  
Vano es el ¡ay! que desgarrado lanza  
por el dolor de ese vivir sombrío:  
¡La oscuridad de esa existencia muerta,  
cierra de un bien al porvenir la puerta!

La risa y el sarcasmo por doquiera  
que fuera yo mi corazón palpaba,  
y doquiera también que me escondiera,  
¡ay!, la risa sardónica encontraba.  
No hubo un rincón donde vivir pudiera,

no hubo esa paz que con afán buscaba;  
iguerra sin fin, fatídica existencia,  
fue en mi vivir la delicada esencia!

Y rotas ya de la existencia mía  
de paz y amor las ilusiones bellas,  
llenas de horror las contemplé en un día  
cual en cielo sin luz, muertas estrellas:  
Su oscuridad mi porvenir partía,  
mi fe y mi paz se confundió con ellas;  
ique eran del alma indisolubles lazos  
que se fueron al fin, hechas pedazos!

Al caminar después por mil abrojos  
mi frente juvenil se marchitó,  
y al sentir las espinas en mis ojos  
de angustia el corazón se poseyó;  
luego al cielo exclamé puesta de hinojos,  
y el cielo mis clamores no advirtió;  
y sola combatí con mis pesares  
ilágrimas tristes derramando a mares!

Padecer y morir: Tal era el lema  
que en torno mío murmurar sentí,  
y mirando en redor de espanto llena,  
su fatídico emblema comprendí;  
y al ver el torcedor que me encadena  
de espanto y de temor retrocedí...  
¡Sola era yo con mi dolor profundo  
en el abismo de un imbécil mundo!

Y buscando un apoyo, una caricia,  
el eco «Soledad» me respondió:  
Y cual cauce que ronco se desquicia  
fatídico en mi pecho resbaló,  
regalándome a un tiempo una delicia  
que heló mi sien, y el porvenir mató;  
que era fría y glacial como ella sola,  
¡y aun sin querer, el corazón guardóla!

La soledad... cuando en la vida un día  
circunda nuestra frente su fulgor,  
un mundo de mortal melancolía  
nos presenta un fantasma aterrador,  
quitándole a las aves su armonía,  
cubriendo de la luz el resplandor:  
¡Noche sin fin al porvenir avanza  
ahuyentando el amor y la esperanza!

Por eso, ¡ay Dios!, al caminar aún pura  
entre inmundicias mil que tropecé,  
llenaron de dolor y desventura  
la hermosa realidad con que soñé:  
Terrible asolación, esencia impura  
lanzaron al Edén que acaricié;  
y aquel Edén se convirtió en infierno  
¡triste ilusión de mi dolor eterno!

Hoy yerto el corazón, falto de vida,  
horas de horror e insensatez presente,  
largas horas sin fin que en la partida  
marchitan su ilusión, secan su ambiente.  
Y al dejar su ilusión seca y perdida,  
vana esperanza el porvenir le miente;  
sabe muy bien que esa esperanza es vana  
¡sombra fugaz de su primer mañana!

Cubierto de sombríos nubarrones  
un cielo en lontananza divisó,  
y un canto singular de maldiciones  
en sus bóvedas altas retumbó.  
Rasgaban al pasar esas canciones  
el alma del que triste las oyó;  
¡por eso el pecho en su dolor profundo  
sintió cubierto de aspereza el mundo!

Imágenes bellísimas de amores  
fúlgidos rayos de brillante aurora,

frescas coronas de lucientes flores  
que un sol de fuego con su luz colora.  
Dulces cantos de amor arrobadores  
que al delirar el corazón adora;  
itodo voló con la ilusión de un día  
rota la flor de la esperanza mía!

Las horas que soñé desaparecieron,  
cual la flor que un torrente arrebató;  
y allá en la nada del no ser se hundieron...  
¡Que mi espíritu aquí no las halló!...  
Tal vez ellas también se arrepintieron  
de brindarme el placer que me halagó:  
Y huyeron, ¡ay!, a una región lejana  
que dice sin cesar: ¡ya no hay mañana!...

Mas ¿por qué se fatiga el pensamiento  
en indagar el mal de esa partida?  
¿Ignoro yo quizá que es como el viento  
la dicha que arrullara nuestra vida?  
Lo pasado será de hoy más un cuento  
que se escuchó veloz...  
¡Y correré en este vivir incierto  
cual brisa solitaria del desierto!...

¿Qué es este miedo aterrador que siento  
y esta congoja inalterable y fría,  
que cuanto más desvanecerle intento  
más se burla mordaz del ansia mía?  
¿Quién ése fue que me robó violento  
cándida paz que recobrará un día,  
clavándole en la mitad del pecho mío  
la terrible visión de un desvarío?...

¿Por qué en mi acerbo padecer maldigo  
mis placeres sin fin, llena de enojos?  
¿Por qué «si os amo» alguna vez les digo,  
se llenarán de lágrimas mis ojos?  
¿Por qué terrible un pensamiento abrigo

que marca mi camino con abrojos,  
entrelazando espinas con las flores,  
que forman el Edén de mis amores?

¡Ay!... yo buscando un lenitivo leve  
en el dulce elixir de una esperanza,  
siento sin ver que a mi dolor se atreve  
el viento asolador de la mudanza:  
Las hojas, ¡ay!, de mi placer conmueve  
con el soplo voraz de su pujanza;  
y la acritud de un pensamiento triste,  
me grita sin cesar: «¡La fe perdiste!...

«Y perdida la fe... la fe perdida...  
Roto el cristal de esa belleza oculta,  
el cielo encantador de nuestra vida  
entre pálidas nubes se sepulta...  
Su luz tan celestial queda escondida,  
inuestra la faz aterradora e inculta;  
y atmósfera infernal, monte de plonio,  
¡pesa en el alma, sin saberse el cómo!...»

Yo callo a esa verdad que me despierta  
a un mundo de aridez desconocido,  
y muevo sin pensar mi planta incierta,  
sin buscar ese bien que hallo perdido.  
Porque esa flor de mis jardines muerta  
nada... y nada no más se ha convertido;  
¿y quién la nada en algo convirtiera?  
¡Sabio fuera en verdad quien lo dijera!...

## El otoño de la vida

Una tarde de paz en el estío  
en que al sopor del caluroso ambiente  
se mezclaba lo fresco del rocío.

Hora en que el sol su brillantez perdía,  
cubierto allá por las doradas nubes  
donde hermosas sus luces escondía.

Sembrada de azucenas y verdura  
selva en verdad de dilatado espacio,  
convidaba al reposo y la tristura;

y en la pálida sombra que extendían  
las ramas de sus árboles frondosos,  
misteriosas dulzuras se escondían.

Ningún eco cercano se escuchaba,  
ni el insecto de espléndidos colores  
jugando por los aires revolaba.

Parece que en redor todo dormía,  
que ni aun el aura entre las blandas flores  
con su manso murmullo se sentía.

De cuando en vez algún ligero viento  
que al mismo tiempo de nacer moría,  
cual de un niño que expira el breve aliento.

Un eco inusitado produciendo  
pasaba entre el verdor de aquel follaje,  
y en el espacio al fin se iba extinguiendo.

Y al cabo en el silencio adormecidas



las olorosas plantas reposaban  
en la sombra fresquísima escondidas.

Un joven allí inmóvil descansaba  
cabe del pie de carcomida encina,  
y una blanda ilusión acariciaba;

y el ¡ay!, que postrimero se sentía  
de aquella tarde, amortiguado y yerto,  
aquel joven tal vez lo recogía...

Clavado su mirar en unas flores  
que lozanas y bellas se entreabrían,  
se encantaba, quizás de sus colores.

Y al seguir el instinto que lo impele  
con placer una de ellas ha tocado;  
mas al instante mismo retrocede.

Ve que la flor tan sonrosada y pura  
cambiando su color mustia se vuelve  
al sentir de su mano la prensura.

Y una arruga marcó su blanca frente  
al mirar transición tan repentina;  
y alguna idea se quemó en su mente...

Mas insiste otra vez; la mano alarga  
por coger otra flor que era más bella,  
y un pensamiento de dolor le embarga

al ver también que se doblega y muere  
la flor que tan bonita se mecía,  
y en vano el joven revivir la quiere.

Y también esta vez su frente pura  
nublada fue por una idea extraña  
mezclada entre vapores de amargura.

A poco rato un pajarillo hermoso

de dulce canto y purpurinas alas  
que busca en la pradera su reposo,

paróse junto al joven que extasiado  
mirándole en su vuelo le siguiera  
de su rara belleza enamorado.

Y al verle que tan cerca se detiene  
muy suavísimamente le aprisiona,  
y un instante en su mano le contiene.

Y el pajarillo entonces aletea  
por salir de la cárcel que le oprime,  
y pierde su vigor en la pelea.

Y al fin, después de que se agita en vano,  
su pobre corazón de latir cesa,  
y muerto se le queda entre la mano...

Estático el joven palabras pronuncia,  
que él sólo comprende, que nadie escuchó,  
y mira aquel ave que acaso le anuncia  
lo que él algún día, quizá presintió.

La víctima yerta ligero la tira  
a donde las flores marchitas están;  
y allí de sus restos los ojos retira,  
que acaso el mirarlos tristeza le dan.

Y apoya la frente de angustia nublada  
al árbol que cerca de sí percibió,  
y a poco pensando, quizás en la nada,  
cerrando sus ojos durmiendo quedó.

Y la selva también que se dormía,  
con el joven aquél, en los vapores  
que ocultaba la tarde parecía.

Y un eco de su fondo se exhalaba,  
que al grato son del murmurante arroyo

imperceptible y leve se mezclaba.

Y aquel eco sin voz era un aliento,  
un respiro vital de aquellas llores  
que extendían su aroma por el viento.

Una brisa ligera se levanta,  
mueve de pronto las dormidas hojas,  
y entre las ramas resbalando canta.

Y parece que entonces nueva vida,  
cobró a su vez la soñolienta tarde  
del letargo pesado desprendida.

Ya el pájaro cantando voltejea,  
y en su vuelo rasante va tocando  
la blanca flor que nacarada ondea.

Y el lago que tranquilo reposaba  
espejo de purísima limpieza  
donde un cielo de azul se reflejaba,

manso viento que pasa y se desliza  
su blanda superficie apenas mueve  
y en leves ondas su tersura riza.

Todo revive, al parecer, y abierta  
la senda de otra vida, se percibe;  
mas el joven aquél aún no despierta.

Una paloma silvestre  
ligera viene y se posa  
en el árbol do reposa  
el joven que se durmió.

Ya su cantar poco dulce  
marchóse el blando beleño  
de su pacífico sueño;  
y el joven se levantó.

La vista tiende en la selva  
para despedirse acaso,  
mas tras él sintiendo el paso  
de algún animado ser,

vuelve la cabeza y mira  
un niño que juguetea,  
y contento se recrea  
con inocente placer;

y que en su mano lozanas  
las flores marchitas antes,  
con sus colores brillantes  
volvieron a relucir;

y el pájaro que doliente  
entre sus manos muriera,  
ora cantando volviera  
con su hermosura a vivir.

Entonces el joven  
del caso presente  
la causa a su mente  
pregunta, y la halló.

Y en tanto que el niño  
risueño jugaba,  
su labio marcaba  
sonrisa que heló.

La duda presente  
que acaso a su vida  
por siempre irá unida  
fatal predicción...

Suspira y su labio  
murmura una queja,  
y huyendo se aleja  
de aquella visión.

Luego un eco  
en el espacio  
muy despacio  
se perdió,  
y en los valles  
extendido  
escondido  
murmuró,  
con raro  
vago  
son:

«Al que en la vida una vez  
mira la fe ya perdida  
que acarició su niñez  
y la terrible vejez  
siente venir escondida;  
quien contempla la ilusión  
de su esperanza soñada  
muriendo en el corazón  
al grito de la razón  
¿qué es lo que queda?... inada!...»

## La rosa del campo santo

Era una noche en que el viento  
con sordo acento mugía,  
y en que no más se sentía  
del trueno el ronco fragor.

Y en sombras la tierra envuelta  
como en un fúnebre manto,  
miedo causaba y espanto  
al pecho de más valor.

Nadie en tan hórrida noche  
cruzar tal vez se atreviera,  
ni del valle la pradera,  
ni la calle en la ciudad.

Que es mucho el fiero estampido  
que suena en el firmamento  
al rudo choque violento  
de la recia tempestad.

Do quiera en torno se mire  
sólo las sombras parecen,  
que en sus misterios ofrecen  
genios que ocultos están.

Vagos fantasmas que corren  
sus negras alas batiendo,  
y a su alrededor extendiendo  
miedos que vienen y van.

Si algún mortal aún despierto  
noche tan cruda mirara,  
hacia su lecho tornara

para esconderse y dormir;

arrebujado y hundido  
de su colchón en la pluma  
queriendo el mal que le abrumba  
con blando sueño extinguir.

Y, sin embargo, velando  
una mujer algo espera,  
que mira inquieta la esfera  
de un anticuado reló:

del que la aguja dorada,  
girando siempre impasible,  
vio que pasando terrible  
las doce en punto marcó.

Volvióse pálida entonces,  
y en su lozana mejilla  
triste una lágrima brilla  
de agudo e intenso dolor.

Y un ¡ay!, de acerba congoja,  
cual del que en su bienandanza  
pierde toda la esperanza,  
mezcló del viento al rumor.

Y exclama con triste queja:  
«Ya son las doce, ¡Dios mío!  
Ya mi esperanza se aleja  
que así el perjuro me deja  
sola llorar su desvío.

¿Por qué en su amor me creí?  
¿Por qué cifré la esperanza  
del tierno afán que sentí  
prisma luciente que vi  
mar de fingida bonanza?

Ya tantas noches pasaron

que aquí velando esperé,  
y silenciosas marcharon,  
y entre su sombra llevaron  
la dicha que acaricié.

Y ni un consuelo a mi afán  
sus vanas sombras trajeron  
que en mí burlándose están;  
y que hoy también fingirán  
cual otras veces fingieron.

¡Ay!... Cuando al fin se despierta  
de un sueño dulce de amores  
para contemplar desierta  
la ventura que cubierta  
se vio de risueñas flores;

cuando mentira se advierte  
grata delicia que un tiempo  
vivió con el alma fuerte,  
se mira en torno la muerte  
vagando del pensamiento;

ni trina el ave sonora,  
ni el aura murmullo tiene,  
ni luce alegre la aurora,  
y hasta la vida se ignora  
si algún recuerdo contiene.

Corran veloces las horas  
marchen las horas despacio,  
heladas o abrasadoras  
se esconden siempre traidoras  
en la nada de un espacio...

¡Oh Dios! Si el año de gloria  
que entre caricias fue huyendo,  
trocóse en dicha ilusoria  
para abrasar mi memoria



que ha de acordar padeciendo,  
más me valiera morir,  
que el rudo penar que siento  
tener asaz que sufrir,  
y entre el dolor maldecir  
la fe de mi pensamiento».

Así entre pena y dolores  
aquella noche pasaba,  
y la infeliz lamentaba  
de la suerte los rigores.

Cuando en el aire sonó  
leve palmada ligera,  
y entonces la joven fuera  
de la ventana miró,

y algo de bueno sus ojos  
allá en la sombra encontraron,  
que el ceño adusto dejaron  
de sus sentidos enojos.

Plática dulce de amores  
a poco rato se oía,  
y un hombre a Inés la decía  
para calmar sus temores:

-¡Cuánto sufrí vida mía!...  
¡Cuántas congojas de muerte  
al ver pasaban sin verte  
un día tras otro día!

Tú comprender no podrás  
cómo esas noches tan largas  
me habrán parecido amargas  
cual no lo fueron jamás.

En mis insomnios creí  
que en tanto por mí esperabas,

de la pura fe dudabas  
de quien penaba por ti:

de quien sin miedo avanzó  
por la tormenta impasible  
luego que un medio posible  
para venir alcanzó.

-¿Por qué la noche has faltado  
que aquí venir me juraste?

-Porque la fortuna al traste  
dio con mi intento soñado.

Quise a tu lado volver  
cuando así lo prometiera,  
mas cual si la suerte fuera  
mi grato plan a torcer,

asuntos de gran valía  
el tiempo aquel me robaron,  
y de cumplir me privaron  
la grata esperanza mía.

Y en mi castillo esperé  
llegase el ansiado instante  
para decirte que amante  
nunca de ti me olvidé.

Al escuchar, dijo Inés,  
ese lenguaje que adoro,  
percibo un rico tesoro  
de mi esperanza a través;

y marcha el dolor impío  
de mis acerbos pesares  
cual se disipa en los mares  
la niebla con el rocío.

Mas queda envuelta en el hondo  
de esa ventura que pasa

ceniza ardiente que abrasa  
mi corazón hasta el fondo...

Siempre escondido en mi pecho  
cierto secreto guardé,  
y en mi dolor lo oculté  
llena de amargo despecho.

Y fue la historia fatal  
que aquí una vez me contaron,  
cuyos detalles grabaron  
el corazón por mi mal.

Y hoy sus misterios diré,  
porque abrasando mi alma  
roban la paz y la calma  
que tanto tiempo gocé.

Dijeron que una mujer  
de alto linaje y renombre  
quiso la diceses tu nombre...  
tu hermosura y tu poder.

Y tú cual joven de honor  
con su buen padre trataste,  
y tu palabra empeñaste  
de consagrarla tu amor.

Y que de un valle al confín  
sólo con ella has hablado,  
y que en recuerdo te ha dado  
una flor de su jardín.

Tú con afán la cogiste,  
y con amor la besaste,  
y por su emblema juraste...  
lo que tal vez no cumpliste...

Dime si es esto verdad:  
que más engaños no quiero...

Y más morirme prefiero  
que dudar de tu lealtad.

-Los cielos testigos son  
que si tal ha sucedido,  
contestó el galán, sumido  
en rara meditación,

ni a la palabra falté  
que en ese tiempo haya dado,  
ni al proferir que te amado  
querida Inés te engañé.

Si algún juramento di,  
a recordar sólo acierto,  
que ha sido a un hombre que ha muerto  
a quien tal cosa ofrecí.

Mas ella... murió también...  
Y en el morir... todo acaba...  
Por eso a ti te llamaba  
mi solo y único bien.

Cuando al venir a tu casa  
por el cementerio paso,  
siempre me asalta al acaso  
algún recuerdo que abrasa.

Mas luego que lejos estoy  
de aquel lugar funerario,  
con pensamiento más vario  
a ti acercándome voy.

Y tus caricias de amor  
con su dulcísimo aliento  
disipan del pensamiento  
los recuerdos de la flor.

Así su amante a Inés constancia eterna  
y gloria al porvenir la prometía,

y ella escuchando apasionada y tierna  
su fe volver al corazón sentía.

Y se entregó de la esperanza en brazos,  
gozó feliz con su vivir presente,  
volvió a anudar los desunidos lazos,  
y en el placer adormeció su frente.

Mas, ¡ay!, que la aventura acá en la vida  
es niebla que fugaz se disipó,  
seca flor que en el tronco suspendida  
la ráfaga más tenue desprendió.

Y también es verdad que si hay un día  
que el alma en paz de venturanza goza  
entre el rudo estertor de la agonía,  
lucha en vano después y se destroza.

No hay goce, no, que duradero sea,  
ni placer que no envuelva una mortaja,  
la flor que más lozana se recrea  
marchita de su tronco se desgaja.

Y si algún ser entre delicias ciento  
vio resbalar su juventud temprana,  
sentirá la vejez del pensamiento  
que ha de luchar con su dolor mañana.

Y tendrá que pagar ese tributo  
que nos pide de lágrimas la vida,  
ique es en verdad el sazonado fruto  
que dejamos al fin de la partida!...

Ved a Inés pobre mujer  
que disipados ya mira  
sus pesares,

cómo volviendo al placer  
llena de gozo delira  
en sus cantares.

Mirad cómo al joven vate  
que la enamora risueño,  
le acaricia

cómo el corazón le late  
y siente un suave beleño  
de delicia.

Ya le parece que el mundo  
es un jardín encantado  
que los mece,

sin ver el daño profundo  
que, aunque de flores sembrado,  
les ofrece.

Y nada en el porvenir  
la arredra ni la amedrenta,  
ni allí mira,

que en el placer de sentir  
vana quimera sustenta,  
y aun delira.

¡Quién pudiera prolongar  
tanta delicia en un punto  
solamente!...

¡Mas, ¡ay!, que habrá que pagar  
cuanta ventura en conjunto  
vio su mente!...

Si tal su placer ha sido,  
si amor tan grande sintió,  
tal será el dolo;

y buscando un bien perdido,  
verá que pronto se halló  
con llanto solo!...

La noche avanzaba  
la aurora viniendo  
su luz extendiendo  
la tierra cubrió.

Cesó la tormenta  
que ha poco mugía,  
lejano moría  
su triste rumor.

La atmósfera libre  
de negros vapores  
los varios colores  
dejaba lucir,

de rosas tempranas,  
de pájaros ciento  
que, alegres, al viento  
volaban sin fin.

Reflejo el primero  
de un sol que nacía  
muy tenue venía  
la escena a alumbrar,

de Inés y su amante  
que en grata victoria  
cien mundos de gloria  
forjándose están.

Ni cuentan las horas  
que corren perdidas,  
ni ven que extinguidas  
las sombras van ya.

Felices murmuran  
promesas sin cuento,  
cenizas que al viento  
mañana serán,

Inés que contempla  
tan sólo a su amante,  
ni mira adelante,  
ni atrás recordó.

La dicha presente  
quizá se ha fingido  
que eterna habrá sido,  
y el mal olvidó.

Mas de pronto su semblante  
de amarillo se ha cubierto,  
como flor que en el desierto  
marchitada al viento fue.

Y fijando su mirada  
en un punto solamente,  
preguntando está a su mente  
si es mentira lo que ve...

Blanca flor que se desprende  
del jubón de su querido,  
cual semblante dolorido  
de una virgen que murió.

Cuyas hojas ya marchitas  
la figura representan  
de bellezas que se ahuyentan  
la memoria que quedó:

Fue lo que de Inés atrajo  
la atención con tanto empeño,  
lo que al fin vio no era sueño  
sino triste realidad.

Fue lo que la horrible duda  
con los celos le ha devuelto,  
densa nube que ha disuelto  
por su vida una verdad.



-Tú me fingiste, al punto exclama:  
Ésa es la flor del juramento,  
esa mujer que amaste vive:  
No me engañó mi pensamiento.

¡Ay!, si después que en ti he fiado  
miro que es falso tu querer:  
Si das en premio a mis afanes  
sólo un eterno padecer;

y si después que derramaste  
bálsamo dulce en mi existir,  
amarga hiel no más me dejas  
que aprovechar al porvenir...

Valiera más que me mataras  
que así dejarme, ¡oh, Dios!, mirar  
que en brazos de otra mis caricias  
ya para siempre olvidarás.

Esa flor, ¡ay!, lo dice todo,  
y ahora al mirarla ya perdí  
la tierna fe, la dicha dulce  
que en tus caricias recogí...

-Calma tu afán, la dice el joven  
algo turbado al parecer,  
causa no fue lo que ahora has visto  
para aumentar tu padecer.

Es esta flor, yo te lo juro,  
emblema santo que respeto,  
nada profano en torno encierra,  
es de mi fe dulce amuleto.

Yo la encontré lozana y bella,  
pero tan triste en su color,  
que creo vi por su corola  
cierto reflejo de dolor.

Y la cogí, y aquí guardada  
la puse junto al corazón;  
y nadie supo que escondía,  
quizá... fatal profanación...

-Dámela, dijo Inés: Yo quiero  
verla en mi frente relucir,  
y así tal vez la fe perdida  
vuelva en mi pecho a revivir.

-¿Sabes Inés lo que me pides?  
¿Quieres lucir con esa flor...?  
¿Sabes quizá si en ti brillara  
con un siniestro resplandor?

-¡Es su recuerdo no lo dudo  
cuando la niegas a mi afán!...  
-Tómala Inés, él la responde;  
¡sus hojas, ¡ay!, te abrasarán!

¿Sabes por qué yo la escondía  
por qué a tu afán se la negué...?  
Voy a contarte al fin la historia  
que siempre oculta reservé.

Era una noche pura,  
tan clara como el día,  
la luna repartía  
su pálido fulgor.

Y yo en mi capa envuelto,  
siguiendo mi destino  
marchaba en mi camino  
sin miedo ni temor.

Ningún recuerdo entonces  
de la pasada historia  
turbaba mi memoria  
ni me hizo padecer.

Ningún eco sentido  
cruzó mi pensamiento,  
ni un ¡ay!, de sentimiento  
de mágico poder.

Mas sin pensar, mis ojos  
cercano divisaron  
un punto, a do tornaron,  
de extraño resplandor.

Y allí marchando pronto,  
bajéme y vi crecida  
sobre su tallo erguida  
la contristada flor.

Parece que me dijo  
al acercarme a ella:  
«La esencia soy de Estrella  
contigo quiero estar;

si no me llevas pronto  
marchita ya y sin vida,  
ya mi aroma esparcida  
por siempre quedará».

Y allí junto a la losa  
de su sepulcro estaba;  
y allí me demandaba  
recuerdos que olvidé;

que ocultos en un mundo  
corrieron escondidos,  
donde vagar perdidos  
por siempre los dejé.

La recogí al momento,  
y en mí guardada estuvo,  
su esencia se contuvo  
sin escapar de mí.

Y nunca esa flor triste  
privó de que te amara,  
ni nunca ella esperara  
lo que he encontrado en ti.

Si oyendo aquesta historia  
llevártela quisieras,  
sin duda no tuvieras  
ni fe ni corazón.

Que aquel que no respeta  
las prendas de los muertos,  
sus pasos tan inciertos  
serán cual su razón.

Sonora una carcajada  
lanzó Inés al fin del cuento,  
burlando el raro portento  
de la malhadada flor.

Y con extraña sonrisa  
dijo, mirando a un espejo:  
«Verás cual brilla de lejos  
su amarillento color».

Mas la flor en su negra cabellera  
tan mustia y macilenta se volvió,  
cual luz que moribunda se extinguiera,  
después que algún sepulcro iluminó;

y aquel extraño relucir sin vida,  
tristeza tanta en su semblante vierte,  
que aun más que aquella flor descolorida,  
se parece a la sombra de la muerte.

Ella volvió los aterrados ojos,  
hacia el hombre que estático la mira,  
y encontrólos quizá llenos de enojos,  
que con afán y con dolor suspira.

Mas él mudo quedó: ni un eco amargo,  
ni dulce son atravesó su aliento,  
y aquel instante indefinible y largo  
fue el más rudo tal vez del sentimiento.

Y, ¡ay!, por fin un adiós... voz la postrera,  
siniestra por la estancia resonó;  
y un momento después... nada allí había,  
itodo en silencio sepulcral durmió!...

Contaban meses después,  
que cierta joven hermosa,  
habiendo puesto una rosa  
que en un sepulcro nació,

presa en su negro cabello  
para lucirse más bella,  
la flor, prendiéndose en ella,  
jamás su frente dejó.

Que allí marchita y ajada  
se fue la rosa quedando,  
y que la joven secando  
sintió con la flor su sien.

Y cuando al fin ya del todo  
la flor se quedó sin vida,  
la joven con ella unida  
murió marchita también.

Y cada cual con espanto  
viendo su tumba contaba,  
que aquel sepulcro guardaba  
La rosa del Campo Santo.

## Rosalía de Castro



Rosalía de Castro (Santiago de Compostela, 24 de febrero de 1837-Padrón, 15 de julio de 1885) fue una poeta y novelista española que escribió tanto en gallego como castellano. Considerada entre los grandes poetas de la literatura española del siglo XIX, representa junto con Eduardo Pondal y Curros Enríquez una de las figuras emblemáticas del Rexurdimento gallego, no solo por su aportación literaria en

general y por el hecho de que sus Cantares gallegos sean entendidos como la primera gran obra de la literatura gallega contemporánea, sino por el proceso de sacralización al que fue sometida y que acabó por convertirla en encarnación y símbolo del pueblo gallego. Además, es considerada junto con Gustavo Adolfo Bécquer la precursora de la poesía española moderna.

Escribir en gallego en el siglo XIX, es decir, en la época en la que vivió Rosalía, no resultaba nada fácil por un gran número de razones. La mayor parte de ellas estaban ligadas al pensamiento y estructuración de la sociedad del momento, en la que la lengua gallega estaba muy desprestigiada y menospreciada, cada vez más distante de aquella época en la que había sido el idioma vehicular de la creación de lírica galaicoportuguesa. Toda la tradición escrita había sido perdida, por lo que se hacía necesario comenzar desde cero rompiendo con el sentimiento de desprecio e indiferencia hacia la lengua gallega, pero pocos eran los que se planteaban la tarea, pues esta constituiría un motivo de desprestigio social. En un ambiente en el que el castellano era la lengua de la cultura y la lengua protegida de la clase minoritaria dominante, Rosalía de Castro le otorgó prestigio al gallego al usarlo como vehículo de su obra Cantares gallegos y afianzando el renacer cultural de la lengua.